

## Falomir

Gris Vega

Después de vivir en Picachos, cuando cumplí seis años mi madre decidió que yo debía ingresar a la escuela primaria, por lo que nos fuimos a vivir a un lugar llamado Falomir, que era también estación de ferrocarril. A mi papá no le gustó mucho la idea y nos cambiamos en contra de su voluntad; él nos visitaba los fines de semana.

Para mi madre era muy importante que yo estuviera en la escuela; ella me enseñó a leer y a escribir cuando estábamos en Picachos y al entrar a la primaria yo me sentía muy bien porque ninguno de mis compañeritos sabía las letras, por lo que me convertí en una de las preferidas de la maestra.

Mi maestra inolvidable: Trini, era bellísima, muy joven y de un carácter encantador. Hasta la fecha la recuerdo con mucho cariño; después de muchos años la reencontré y me acompañó en una de mis fiestas de cumpleaños. Para ella sigo siendo su niña de primaria.

Esa mi primera escuela fue hermosa para mí, aunque en ella sólo estudié primero y segundo año. Recuerdo algunos compañeros, como Leonor, quien ha sido una gran amiga; y José, quien desde entonces fue mi amigo, ha sido el mejor compañero de baile y hasta la fecha salimos a tomar café de vez en cuando.

Desde ahí empezó mi gusto por los niños. Había uno en particular que decía que yo era su novia; él me defendía de los otros niños y de todo lo que supuestamente me pudiera causar daño. Se llamaba Gregorio y fue muy especial en mi vida. En una ocasión, en la placita donde me encontraba jugando a brincar la cuerda, Gregorio y otros niños me estaban molestando, lo que provocó mi enojo. Tomé una piedra lanzándola hacia Gregorio,



pero él se agachó por lo que descalabré a otro niño: el hijo de la enfermera; lo llevaron inmediatamente a atender porque tenía la cara llena de sangre. Ninguno de los niños me delató, tampoco yo conté la verdad y Gregorio jamás supo quién ni por qué había lanzado la piedra. Hoy me causa risa ese incidente y lo veo como cosas de niños.

En Falomir la vida era muy tranquila. Se apreciaban mucho los sonidos de la naturaleza, como el canto de los pájaros, el de los gallos, y el murmullo del río que en ese tiempo llevaba mucha agua; había muchos árboles grandes, como álamos y sauces. Era un lugar pequeño, sin embargo tenía sus calles muy bien diseñadas. No había luz eléctrica, ni agua potable.

Lo que hacía un poco diferente la vida de Picachos de la de Falomir, era que en este pueblo el tren pasaba diariamente al medio día y algunas personas vendían comida en el tren, que recorría la ruta Chihuahua-Ojinaga. Al escucharse el fuerte silbato de la locomotora, todos los vendedores corrían anunciando su comida: tacos, enchiladas, chiles rellenos... Alguna vez los probé y no he vuelto a saborear algo igual: eran deliciosos.

En Falomir asistí a mi primer desfile escolar con un uniforme de color verde oscuro y blusa blanca. Me recuerdo: tan pequeña y tan morena, marchando por esas calles llenas de polvo con un sol intenso que provocaba cansancio y hacía que el sudor me corriera por la frente. Sin embargo me sentía importante porque marchaba con todos los niños de mi escuela.

En ese pueblo disfruté mucho los juegos de mi infancia. Todos los integrantes de la comunidad se conocían y por la noche todos los niños nos reuníamos a jugar a los encantados, al bote volado, a la quemada, doña Blanca, los listones, el patio de mi casa y muchos juegos más. Así eran las tardes y noches en ese pueblo al que llegaba el aroma del río y de sus árboles, con las noches alumbradas sólo por la luna y las estrellas.

De todos esos juegos hay uno que recuerdo con especial cariño: construir casitas con la tierra cuando llovía. Los niños nos juntábamos alrededor de la casa de mi bisabuela y en su



patio formábamos un pueblo con casas de tierra; cada uno hacía una o varias casitas de la siguiente manera: se ponía la mano en el suelo, se cubría con la tierra húmeda, se sacaba la mano y... ¡listo! quedaba una especie de cuevita que se adornaba con ramas de árboles. También construíamos caminitos que comunicaban las casitas entre sí. De esta manera quedaba una parte del patio llena de viviendas: ese era nuestro pueblito.

Esas casitas de tierra las tengo muy grabadas, me traen los mejores recuerdos de mi niñez, porque a donde me fui a vivir después ya no tuve tanta libertad, o quizá mi madre cambió mucho y ya que no me dejaba salir a jugar.

Por la emoción que me produce el recordar esos juegos de la infancia, esas noches llenas de luna y estrellas, esas risas de mis amiguitos, ese aroma de río que percibo con sólo cerrar los ojos... Por todo eso, Falomir tiene un lugar especial en mi corazón.